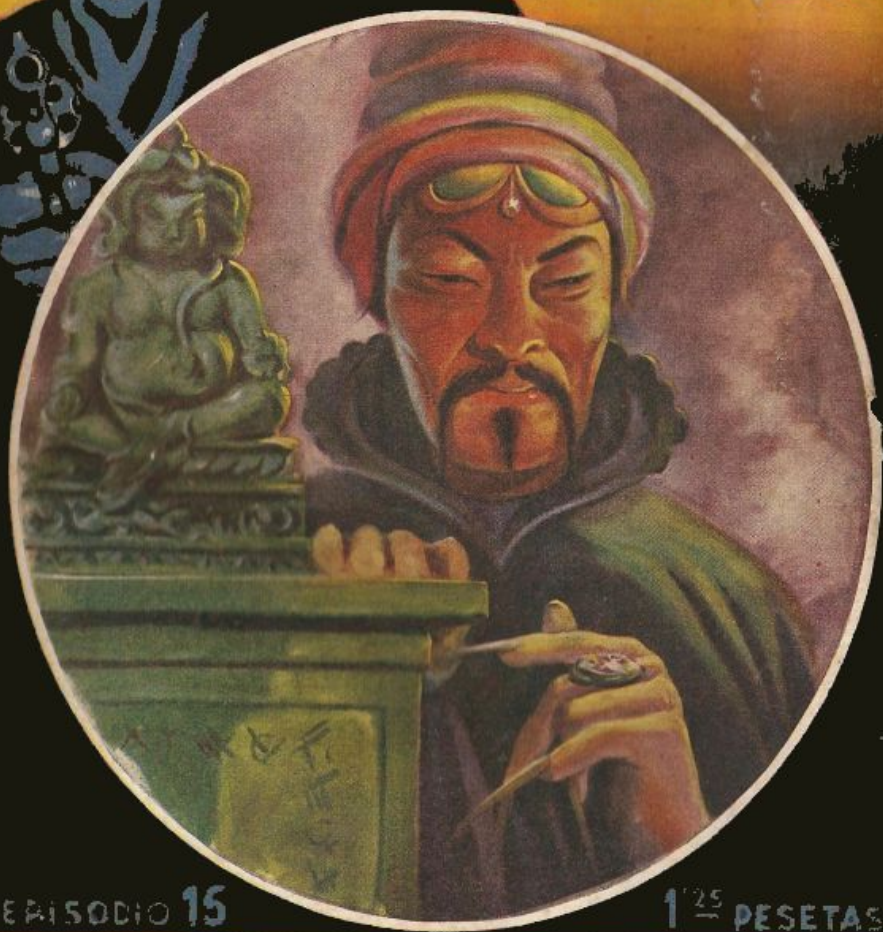


El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 15

1²⁵ PESETAS

EL ANILLO SAGRADO

Fidel Prado Duque

El anillo sagrado

El dragón de fuego - 15





El anillo SAGRADO

Capítulo primero

Un rapto audaz

WANG-CHENG se hospedó en una casa de una calleja del poblado que, aunque de las mejores, no era un palacio precisamente.

Pertenecía a un nepalense establecido en el Tíbet hacía bastantes años, cuyo comercio era el tráfico de pieles. La finca la había adquirido en una transacción que realizó con un rico tibetano y apenas si habitaba en ella, pues vivía comúnmente en un barrio apartado, con todos los de su nacionalidad.

Los que no han nacido en el Tíbet propiamente dicho, aunque

sean nativos de las cercanías, habitan en barrios apartados, dentro de la población. Así, los musulmanes, llamados «kach», viven en una colonia distinta, practican su religión, se casan entre sí y son, como los nepalenses, los que poseen los mejores establecimientos de telas y controlan o comercian con los metales preciosos.

El nepalense destinaba la casa a hospedar a varios familiares suyos que solían visitar Talung para realizar su comercio de pieles de yak y carnero, o de pelo de camello, y debía tener alguna concomitancia con «El dragón de fuego» o acaso con el propio Wang-Cheng, por cuanto el matrimonio tibetano que cuidaba la finca recibió orden de evacuarla mientras el empingorotado personaje permaneciese en ella.

Las sombras habían invadido ya el pequeño poblado y éste aparecía casi envuelto en una penumbra que apenas si podía desvanecer el fulgor mortecino de los aceitados farolillos que alumbraban los tenderetes o pendían de las muestras de las fachadas de los comercios diseminados a lo largo de los callejones.

Kao se desplazó como un fantasma a lo largo de las fachadas de las casas, todas uniformes y monótonas, construidas en su mayor parte de piedra. Algunas diferían por estar cercadas en su parte posterior y la mayoría poseían un patio trasero, dedicado, así como todo el piso, a guardar el ganado.

Allí no se conocían los tejados inclinados, pues todos eran planos, y para ahuyentar el terrible frío de las noches, el fuego se encendía en el centro de las habitaciones, aprovechando el estiércol almacenado en gran cantidad.

Kao alcanzó, sin ser visto, la parte posterior del edificio. Había comprobado que en la parte delantera vigilaba un afiliado a la secta y no quería exponerse de modo imprudente a ser descubierto en tan peligroso lugar.

Así, alcanzó la pequeña cerca de adobe que encerraba unas cuantas moreras y laureles, y gateando por ella silenciosamente cayó al lado contrario del pequeño jardín.

Una ventana en el primer piso, cubierta por un aceitado papel amarillo, tras el cual se reflejaban las llamas del fuego encendido en el interior, atrajo su atención, y tras estudiar el terreno con sus ojillos pequeños, pero agudos, decidió escalarla.

Las piedras de fábrica de la fachada, toscamente ensambladas, le permitían aprovechar las juntas para llevar adelante el escaló, y aferrándose fácilmente a todos los salientes que encontró a mano, le fué fácil situarse al nivel de la ventana, pero cuidando mucho apartarse de su frente ante el temor de que la sombra de su figura se reflejase en el papel.

La ventana, a medio cerrar para dar salida al humo que se formaba en el centro de la estancia, le permitió descubrir a través de la junta un trozo de habitación, entrando en aquel estrecho campo visual la siniestra figura del Gran Jefe de «El dragón de fuego», que aparecía sentado sobre un cojín de piel de camello, fumando una larga pipa oriental.

Frente a él debía haber alguien Kao no acertaba a descubrirle, pero veía su sombra moverse frente al papel amarillo.

Un rumor de conversación se escapaba por el vano de la ventana, y Kao, acercándose cuanto prudentemente le fué posible aplicó el oído, consiguiendo captar con bastante precisión cuanto allí se hablaba.

Wang-Cheng cambiaba impresiones con uno de los tibetanos encargados de la vigilancia. El Gran Jefe, sin descubrir su juego ni sus intenciones particulares, trataba de irritar el fanatismo del tibetano diciéndole:

—¿Estas seguro de que nadie sospechoso ha pasado estos días por Talung?

—Me atrevería a jurar por Buda, que no, Gran Señor.

—Lo celebraría por ti y por tus compañeros. Ten cuenta que no se trata de malhechores vulgares, propios de nuestra raza, sino de dos «kaeidsus»^[1] extranjeros, que no sólo tratan de profanar nuestras costumbres y nuestros monasterios, sino de llevar a cabo un robo sacrílego.

—No lo olvido, Gran Señor, y os juro que si cayeran en mi poder, no esperarí a que les fuese aplicada la justicia por segunda mano, pues yo mismo les destrozaría con las mías propias, pero, hasta ahora no hemos descubierto nada sospechoso.

—Me alegro por todos. Sin embargo, te insto para que vigiles severamente. Si no han pasado por aquí, deben pasar y vosotros seréis responsables si logran filtrarse en Lhasa. ¡No lo olvidéis!

—Os prometo, Gran Señor, que registraré Talung casa por casa, para cerciorarme de la identidad de cada uno.

—Eso está bien, y si descubres algo sospechoso, ven y avísame. Cien yens tengo a tu disposición si me entregas la pista de esos perros extranjeros. Tengo empeño en ser yo quien los entregue a la justicia del «Jalno», ya que fui yo quien descubrió sus siniestros planes.

El tibetano, encendido por la promesa del premio, abandonó la casa, y momentos después un nuevo personaje entraba en la estancia.

Se trataba del individuo que dirigía la caravana y formaba parte de la secta con el cargo de uno de los «tres». Wang-Cheng, apenas le vió entrar preguntó:

—¿Alguna noticia importante,
Yu-Fei
?

—Ninguna, Gran Jefe. Al parecer, nada anormal ha sucedido por aquí. He hablado con varios peregrinos, algunos pertenecientes a nuestra secta, y nadie se ha cruzado en el camino con gente sospechosa.

—No me explico esto —aseguró furioso el Gran Jefe—. La intervención de esos estúpidos de «El loto azul», nos hizo perder su pista en el río, y ahora nadie sabe si han muerto en las montañas de hambre y de frío, si han cruzado alguna ruta extraviada o si se han retrasado y aún andan perdidos por
Knen-Loun

“De todas formas, moviliza a nuestros hombres y que hagan una requisita general por el poblado, a ver si averiguan algo. Si no hay rastros, debemos recoger mañana a nuestros prisioneros y marchar a Lhasa. Quiero llegar allí antes de que sea tarde.

—¿Creéis que sean tan fuertes y osados que puedan traspasar la formidable barrera de las montañas y alcanzar la ciudad sagrada sin ser descubiertos y aún más, que puedan penetrar en el Monasterio?

—Los creo capaces de todo. Son los enemigos más formidables y de más suerte con que he peleado en mi vida, y de ellos todo lo espero. Ve a cumplir mis órdenes, e incluso convendría que

desplazases un par de hombres hacia atrás, para que vigilen la ruta.

Yu-Fei

iba a contestar, cuando un rumor de voces se dejó oír en la pina y destartalada escalera que conducía a la estancia, y momentos después aparecían en ella dos individuos más. Uno era un mogol de la escolta y el otro un peregrino a quien el primero traía medio a rastras.

El mogol se inclinó en las frías losas y exclamó:

—Gran Jefe perdona si te interrumpo, pero el asunto es importante. Aquí te traigo un peregrino de nuestra secta, que tiene algo importante que decirte.

Wang-Cheng le contempló con el ceño fruncido y ordenando:

—¡Habla! ¿De qué se trata?

El mongol le acució diciendo:

—Cuéntale lo que me acabas de decir respecto a los «lolos».

El peregrino, mirando temeroso al Gran Jefe, balbuceó:

—¡Gran Jefe! Atravesaba las montañas para dirigirme al

Kit-cha

, cuando sobre una meseta descubrí una gran cantidad de salvajes del interior muertos a tiros. Se trataba de una partida de terribles «lolos» que debían haber tenido un encuentro con alguna caravana a quien pretendían asaltar y de cuyo encuentro habían salido mal librados. Me disponía a seguir mi camino huyendo de un posible encuentro con los «lolos», cuando observé que uno de éstos aún se movía en las ansias de la muerte, y, al acercarme, me dijo, entre hipoes de agonía, que habían sido atacados por tres individuos vestidos desastrosamente los cuales habían disparado sobre ellos con sus revólveres, matando a muchos de sus hombres y que luego al verse acorralados, se habían lanzado rodando por la ladera de la montaña, entre la nieve, desapareciendo de la vista de sus compañeros, que les tenían casi entre sus manos.

«Lo que pude captar fué que se trataba de un individuo alto y fuerte, otro más delgado y un muchacho joven. El “lolo” sospechaba que no eran chinos pues les había oído gritar en una lengua que desconocía.

Wang-Cheng, con los ojos inflamados de esperanza, preguntó:

—¿Recuerdas dónde tuviste el encuentro con el «lolo»?

—Sí. Está a cuatro jornadas de aquí y a una de la senda de los peregrinos.

—Pues bien, voy a poner a tu disposición dos hombres y caballos, para que volváis allí y registréis todos los alrededores de la montaña, hasta convencersos de que han muerto o se han salvado. Os daréis toda la prisa posible y tú tendrás cincuenta yens de recompensa por la noticia.

El mogol se inclinó agradecido y Wang-Cheng, impaciente, gritó:

—i

Yu-Fai

! Encárgate de salir de aquí antes de media hora. Di a Chie-yo

, que está de guardia en la puerta, que no me moleste nadie, a menos que sea el número «tres». Voy a descansar unas horas, porque estoy molido de la jornada.

—Descuida, Gran Jefe, que nadie osará turbar tu tranquilo sueño.

El chino abandonó la estancia seguido del peregrino, y cursando las órdenes oportunas al guardián, desapareció de la casita para correr en busca de caballos y de hombres que cumpliesen la misión encomendada.

Kao continuó en su puesto de observación, atalayando la ventana.

Wang-Cheng, apenas se vió solo, requirió los útiles de escribir y se dedicó a la tarea de rellenar unos pergaminos.

Como ya nada quedaba por hacer allí, el chinito abandonó raudo su observatorio para correr en busca de sus amigos e informarles de lo que había descubierto. Temía que si se retrasaba mucho fuese detenido por algún secuaz de «El dragón de fuego» y ser reconocido.

Escurriéndose como un fantasma, pegado a las fachadas, abandonó el poblado y a todo correr ganó las depresiones del terreno donde sus compañeros debían permanecer escondidos. Cuando lo juzgó conveniente, imitó el canto del cuco y poco después la contraseña era contestada a su izquierda. Dirigiéndose allí, tropezó con Regis, quien preguntó anhelante:

—¿Qué noticias traes, pequeño?

—Muchas y buenas —afirmó el chinito. Sé todo lo que nos

interesa.

Se reunieron con el profesor, y Kao dio cuenta de sus aventuras de aquella noche.

Cuando terminó el relato, Karus afirmó:

—Creo que lo mejor es dirigirnos a Lhasa, para entrar allí antes de que ese monstruo nos tome la delantera. De otra forma, nos tenderá una barrera en torno a la ciudad y caeremos en sus redes de espionaje.

Regis, que se había entregado a una honda meditación, tomó por un brazo al chinito, preguntando:

—¿Estás seguro de que en la casa sólo hay un guardián?

—Sólo uno. Kao vió bien. Wang-Cheng dar órdenes de que nadie interrumpir sueño, no siendo número «tres».

—¿Está la casa muy dentro del poblado?

—No... A un lado. Casa aislada en plaza pequeña.

Regis con los ojos centelleantes, requirió su revólver y dirigiéndose al profesor dijo.

—Espéreme usted aquí una hora. Vuelvo en ese tiempo.

Karus adivinó que algo grave proyectaba y, oponiéndose, replicó:

—¡No! Dime que proyectas.

—Hacerme dueño de Wang-Cheng.

—¿Estas loco? —preguntó Karus escandalizado.

—No, no estoy loco. Ocasión como esta de desprendernos de ese maldito sapo, no la vamos a encontrar. Está solo con un guardián; somos tres contra dos, gozamos de la ventaja de la sorpresa. Si nos hacemos con él y le suprimimos, no hablemos evitados muchos disgustos venideros y, sobre todo, que nos estropee nuestros planes, en Lhasa. Déjame hacer, que con ayuda de Kao estoy seguro de triunfar, profesor.

Este, que conocía bien a Regis y sabía que era inútil oponerse a una idea suya, cuando esta arraigaba con fuerza en su cerebro, exclamó resueltamente:

—¡Está bien, puesto que estás decidido, vamos!

—¡No!... Usted se quedará aquí por...

—No hay nada que hacer. Si hemos de ir en busca del tesoro, iremos todos o ninguno. La suerte que tú corras, es la que hemos de

correr los demás.

Regis no se opuso. Comprendía las razones del profesor, y aunque no quería exponerle a correr un riesgo del que él solamente era responsable, tampoco quería privarle de aportar su ayuda al proyecto.

Abandonaron su refugio y se dirigieron al poblado. La noche, bastante oscura, favorecía sus proyectos y contaban en poder llegar a la casa sin ser observados.

Kao, como más conocedor del terreno, iba en vanguardia guiándoles, y como, en efecto, el refugio del jefe de la secta se encontraba casi en los alrededores del pueblo, consiguieran llegar a él con facilidad y sin ser descubiertos.

Sin dificultades escalaron la tapia, y una vez dentro del pequeño jardín se dispusieron a maniobrar.

—Sube tú primero y echa un vistazo a la estancia —dijo Regis al chinito, indicando la ventana a través de la cual se vislumbraba el débil resplandor del fuego—. Pesas menos y eres más ágil. Si no descubres nada sospechoso, hazme una seña.

Kao trepó hasta el observatorio que le había servido para captar toda la conversación anterior, y alargando el cuello miro a través de la entreabierta ventana. Ya no divisaba la silueta del terrible mogol y el fuego aparecía mortecino.

Suavemente se corrió a otra juntura de la piedra más cercana y empujando con sumo cuidado la hoja, la abrió más.

La estancia estaba vacía.

Después de un momento de vacilación, desistió de llevar adelante su investigación y descendió.

—Habitación vacía —dijo. —Gran Sapo Primero no está allí.

—¿Dónde diablos podrá estar? —preguntó Regis contrariado.

—Gran Sapo, dijo dormir —advirtió Kao—. Puede estar en cama.

—Tenemos que averiguarlo —afirmó Regis obstinado—. Yo he venido aquí a algo y no me marcharé sin intentarlo.

Karus, que vigilaba nervioso la cerca, advirtió:

—Creo que lo mejor es marcharnos. Estamos corriendo muchos riesgos innecesarios.

—¡No! —dijo tozudo el criado. Ocasión como ésta no se nos

presentará en la vida.

Introdujo el revólver en la cintura y aprovechando los mismos salientes que Kao, alcanzó la ventana, echando un vistazo al interior.

El fuego casi era una brillante brasa nada más y con sumo cuidado alcanzó el alféizar y se dejó deslizar en el interior, haciendo señas a Kao para que le imitara con las precauciones que el caso requería.

El chinito, ingrátido, saltó como una sombra y cuando ambos se encontraron dentro, echaron un vistazo a la habitación. El mueblaje era escaso. Varios cojines de piel de camello, una mesa de bambú, dos soportes, unos farolillos aceitados pendientes del ennegrecido techo.

Al fondo había una puerta, a la que Regis se acercó maniobrando con ella con cuidado para abrirla.

La puerta cedió sin resistencia, y sin producir ruido alguno, y ambos se deslizaron con cuidado por un oscuro pasillo, a cuyos lados y a la luz de un farolillo de color naranja, descubrieron varias puertas más.

—¿Cuál será la guarida de este maldito sapo? —murmuró Regis—. Yo tengo que averiguarlo, aunque me cueste un disgusto.

Con infinitas precauciones empujó la primera y asomó la cabeza, al tiempo que su mano esgrimía el revólver, pero aquella habitación estaba vacía.

Contrariado, se adelantó a la siguiente, en la que repitió la misma maniobra para abrir.

La puerta cedió suavemente y al asomar la cabeza descubrió un lecho de madera, con un jergón de paja de arroz, y sobre él una figura tendida.

Con los músculos tensos, quedó un momento parado, dirigiendo el arma al bulto yacente. Al primer movimiento que hiciese, dispararía, aunque la detonación pusiese en pie de guerra a todo el poblado.

Pero el durmiente parecía entregado a un sueño profundo, pues solamente una leve agitación denunciaba en él síntomas de vida.

Se deslizo en la estancia seguido de Kao y avanzó de puntillas. Se cercioraría de que se trataba de Wang-Cheng y cuando estuviese

seguro de ello le tomaría por el cuello, para que no gritase y se haría dueño de él.

Centímetro a centímetro avanzó hasta el lecho, inclinándose para reconocer a su enemigo. La luz era escasísima y tenía necesidad de aproximarse mucho para reconocerle. Se inclinó hasta casi rozarle, cuando, de repente dos hercúleos brazos se aferraron a su cuello y un rugido de triunfo turbó el silencio que reinaba en la estancia.



Dos hercúleos brazos se aferraron a su cuello...

Regis cogido de sorpresa, se inclinó hacia adelante, perdiendo la estabilidad, y en el ansia que le produjo la opresión soltó el revólver para tener libertad de movimientos y poder defender su cuello amenazado de estrangulación.

Con ansia asió aquellas manos recias y huesudas que parecían dos enormes tenazas y trató de troncharlas, pero su enemigo, fuerte y poderoso, resistía el esfuerzo y continuó apretando.

Kao, a quien había cogido también de sorpresa la agresión, corrió en auxilio de su compañero, pero el amasijo que los dos luchadores formaban sobre el lecho, le impedía actuar.

No quería emplear el revólver, pues sabía que la detonación pondría en guardia, no sólo al vigilante, sino a los que se encontrasen más próximos, pero no veía forma alguna de prestar auxilio a su compañero, que cada vez más oprimido, parecía cercano a la asfixia.

Por fin, en el fragor de la lucha, ambos dieron media vuelta y se inclinaron hacia la pared, aferrados uno a otro como cangrejos furiosos. Este movimiento dejó a Regis al lado de allá, mientras se descubría su enemigo.

Kao, rápido como una centella, empuñó el revólver por el cañón y dejó descargar la pesada culata sobre el cráneo del chino con fuerza mortífera.

El sonido sordo que produjo sobre los duros huesos del agredido, se vio acompañado de un rugido de angustia, y las férreas manos que atenazaban el cuello de Regis se aflojaron súbitamente, dejándole libre.

Cuando Regis, respirando con ansia, pues tenía el rostro congestionado por la presión, quiso reaccionar para ayudar a su fiel compañero, ya no era necesario. El chino había perdido el conocimiento y aparecía rígido sobre el jergón.

Regis se inclinó ahora sin miedo y truncó en su garganta un grito de triunfo.

¡Por fin, había cazado al terrible jefe de la secta de «El dragón de fuego», que permanecía ante él, indemne, pero incapaz de todo movimiento!

Capítulo segundo

Un terrible enemigo menos

REGIS y Kao se miraron mutuamente, interrogándose con la mirada. El criado jadeante, con el cuello dolorido y las manos crispadas por los esfuerzos que había realizado, se acercó al muchacho, musitando:

—¡Gracias, pequeño! ¡Jamás he visto la muerte más cerca de mis ojos que hace un minuto! Creí que no podrías intervenir a tiempo para salvarme del apuro.

—Gran Sapo debió descubrírnos al entrar. El tenía miedo a resolver y por eso...

—Bien, ¿qué hacemos ahora? Este maldito renacuajo no está muerto.

—Honorable señor puede emplear puñal. No arma ruido.

—Sí, pero... Si le dejamos aquí muerto y viene alguien en seguida, no nos va a dar tiempo a huir.

De repente, se dió una palmada en la sien y dijo:

—¡Ya sé! Nos lo llevaremos.

—¿Para qué?

—Le tiraremos por una torrentera que hay detrás de las montañas y nadie sabrá dónde ha ido a parar. Cuando le echen de menos, creerán que ha salido, y cuando se convenzan de que ha

desaparecido y quieran ponerse en movimiento, habrán pasado muchas horas y estaremos lejos.

—¿Cómo sacar de aquí? —preguntó Kao. Abajo guardián...

—Por la ventana... Sal tú primero y avisa al profesor para que nos ayude.

Kao se deslizó rápidamente hacia el jardín, donde Karus, con los nervios en tensión, se preguntaba qué estaría sucediendo en el interior de la casa, pues no había percibido el más leve rumor de lucha. Cuando apareció el chino y le dio cuenta de lo sucedido en el dormitorio del Gran Jefe, se quedó como de piedra.

—¡Regis está loco! —murmuró—. Qué diablos pretende ahora con la complicación de llevarnos a ese sapo? ¿No comprende lo arriesgado que es un paseo por la ciudad llevando a cuestas a un hombre herido y privado de conocimiento?

Pero, comprendiendo que no adelantaría nada con lamentarse, se dispuso a obrar.

Regis había aparecido en la ventana con el cuerpo del mogol entre los brazos. La distancia que había desde la estancia al jardín no excedería de tres metros y medio, y el tozudo criado estaba dispuesto a lanzarle desde dicha altura, sin conmiseración alguna. En voz baja ordenó:

—Prepárense a recibirle a bordo. Si se escurre y se rompe la cabeza no les preocupe. Será para él un bien pasar de este mundo al otro sin enterarse.

Sacó el cuerpo de Wang-Cheng fuera del vano y lo retuvo por debajo de los brazos, dejándole caer. El profesor y el chino trataron de recogerle, pero no lo consiguieron sino a medias, y el mogol se les escurrió de las manos y cayó a tierra.

Pero como se hallaba privado de conocimiento, no acusó el golpe.

Regis se apresuró a descender, y reuniéndose con sus amigos suplicó:

—¡Vamos pronto por favor! Estamos jugando demasiado con el fuego y podemos quemarnos.

La tarea de sacarle fuera de la cerca fué más pesada y difícil, pero los músculos de Regis orillaron esta dificultad.

La pequeña plaza se hallaba vacía. La noche avanzada, tenía

recogidos a casi todos los habitantes del poblado. Regis se echó el cuerpo de Wang-Cheng a la espalda, y a paso vivo, inició la marcha, seguido de Karus y Kao, que con el revólver amartillado cubrían la retirada.

La fortuna se mostraba aquella noche de su parte. Sin contratiempo alguno, alcanzaron los arrabales y se hallaron en terreno abierto.

El criado, rebosante de alegría, retraso el paso, diciendo:

—¡Bien! ¡Las ganas que tenía de habérmelas frente a frente con este sapo venenoso se han cumplido con exceso! Después, de esto, nada me importa lo que pueda suceder.

Por fin alcanzaron las depresiones montañosas, y buscaron una hondonada, que se presentaba difícil a cualquier somero reconocimiento, dejaron el cuerpo de Wang-Cheng en tierra y se dispusieron a dar cima a su plan.

—¿Qué pretendes hacer ahora con él? —preguntó el profesor.

—Asegurarme de que no volverá a interponerse en nuestro camino y evitar que al encontrarle allí muerto pudieran perseguirnos antes de tiempo. Ahora que le busquen, y cuando se convenzan que se lo llevó misteriosamente el diablo, que nos busquen a nosotros.

—Me repugna matar a un hombre a sangre fría y sin defensa alguna —advirtió Karus seriamente.

—¿Si? Pues espere a que vuelva en sí y déjele a él que haga con usted lo que usted no quiere hacerle.

Si tanto le repugna el caso, no se preocupe, porque voy a ser yo el que se encargue de echar sobre mi conciencia tan grato remordimiento.

Hizo señas a Kao para que se acercase, y ordenó:

—Cóglele por los pies.

—¿Dónde le llevas? —preguntó intrigado el profesor.

—A darle el baño eterno, para que quede lo más limpio posible para llegar a las regiones de Buda. Esa preciosa catarata que hemos descubierto antes es un magnífico baño de altura y profundidad digno de su purísima alma.

A costa de grandes esfuerzos, pues el terreno se mostraba áspero y sinuoso, atravesaron varios vericuetos, acercándose a un alto

paraje del que llegaba el sordo rumor de una caída de agua despeñándose por entre las fragosidades de la montaña.

Por fin alcanzaron un repecho, deteniéndose. A su derecha, por entre una grieta del terreno, surgía un enorme raudal de agua, que se dejaba caer desde una altura que no era fácil calcular a causa de la penumbra, pero que por el fragor que producía, debía encontrar fondo diez o doce metros más abajo.

El terreno aparecía cortado a pico, y por más que se esforzaron en querer distinguir el cauce no lo lograron.

—Como el diablo no le tome en el aire para llevárselo cuanto antes, no creo que haya fuerza humana en el mundo para salvarle afirmó Regis.

Arrastró el cuerpo del mogol hasta el borde, le levantó en vilo, y después de balancearle un momento, le pareció que iniciaba un movimiento como pretendiendo replegarse hacia atrás, pero ya no tuvo tiempo a comprobarlo.

—Mejor —murmuró—. Así, si se da cuenta del viaje que va a emprender, se habrá dado cuenta también de que en este mundo no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.

Los tres, asomados al borde de la cortada, escucharon con atención, pero el rumor de la cascada les impidió captar la caída del cuerpo en el fondo.

—¡Dios le haya perdonado! —exclamó el profesor secándose el sudor que había inundado su frente.

—Dudo que haya poder humano ni divino para perdonar a ese monstruo. ¡Vamos!... Soy incapaz de cometer un asesinato a sangre fría, pero esto no lo puedo considerar más que como un acto de justicia.

Se separaron de la cascada, volviendo a su refugio.

—Ahora, debemos aprovechar las pocas horas de obscuridad que quedan para alejarnos todo lo posible de aquí, por si echan de menos a ese sapo y hacen una requisa general. Nada importa dónde podamos ir. Cuando luzca el sol, nos será fácil encontrar de nuevo la ruta de Lhasa.

Recogieron sus «khungas» cargándoselas a la espalda, y dando un rodeo para dejar el pueblo a su izquierda, bordearon el terreno montañoso, dirigiéndose hacia el sur.

La noche se mostraba bastante oscura, pero al suave resplandor de las estrellas que fulguraban intensamente, como si fueran de acero bruñido, trataron de orientarse.

Hacía frío, ese frío seco y lacerante, propio de las regiones altas, y a pesar de sus gruesas zamarras, los viajeros sentían el zarpazo del cierzo que entumecía sus carnes y dificultaba su paso.

Pero el ansia de dejar atrás cuanto antes el poblado y a los terribles secuaces de «El dragón de fuego», les acuciaba para no detenerse, ganando todo el terreno posible para llegar a Lhasa cuanto antes.

De madrugada hicieron alto, cansados y agotados. El frío entorpecía sus movimientos y notaban un apetito feroz.

Regis buscó un lugar resguardado, y reuniendo leña húmeda encendió fuego con ayuda de los trozos de bambú de Kao. Luego extrajeron de las «khungas» unos pedazos de carne de yack que parecían fragmentos de madera seca y los pusieron a cocer al fuego.

Una vez satisfecha su hambre, tomaron agua de un regato en sus «ambags», y ya más reconfortados, estudiaron su situación.

—¿A qué distancia nos encontramos de Taling —preguntó el profesor.

Yo calculo que a unas cuatro o cinco millas —aseguró el criado.

—No está mal, pero... me parece aún poco. Debemos reanudar la marcha y distanciarnos aún más. La lástima es que no dispongamos de alguna caballería para ganar terreno y evitarnos la fatiga de esta marcha. Lhasa está aún bastante lejos y ardo en deseos de encontrarme allí.

Si hallásemos algún lugar donde adquirir caballos...

—¿Cómo?

—Pagándolos... o apropiándonos de ellos. Aquí todo nos está permitido.

—Lo dificulto. Por otra parte, no entraría en poblado alguno hasta llegar a la ciudad sagrada. Harán indagaciones en muchas millas a la redonda, y demasiados rastros estamos dejando ya de nuestro paso.

Resignándose con su suerte, reanudaron el camino huyendo de buscar la ruta para mejor pasar desapercibidos. Habían transcurrido un par de horas desde que saliera el sol, cuando al dominar unas

pequeñas colinas, Regis distinguió por una especie de senda natural que discurría por entre depresiones del terreno un par de camellos que avanzaban en sentido diagonal, buscando la cinta de la carretera.

Uno de los camellos debía estar destinado exclusivamente a la carga, pues portaba sobre el lomo un voluminoso fardo que oscilaba a medida que caminaba, mientras, a lomos de otro, se distinguía una figura que debía ser el propietario.

Regis se tiró a tierra para no darse a ver y dirigiéndose al profesor dijo:

—Me parece que hemos solucionado el problema. Este par de camellos nos van a venir como anillo al dedo.

—¿Ya estás pensando en meterte en peleas? —preguntó Karus inquieto.

—No. No habrá pelea. Ese tibetano de cara fosca que veo montado sobre la joroba me es antipático y no le voy a conceder el honor de medir sus puños conmigo.

No dijo más, pero empuñando el revolver examinó el tambor. Aun le quedaban tres capsulas y bien merecía la pena de exponer una a cambio de aquel par de preciosos animales.

Apuntó cuidadosamente cuando el camello cruzaba por la mira del revólver cuando disparó.

El tiro, bien dirigido, alcanzó de lleno al tibetano, el cual rodó a tierra, donde tras unas violentas convulsiones quedó rígido.

—¡Bien! —Murmuró Regis—. Un sapo menos. Ahora a ver que conduce ese precioso cuadrumano.

Descendió a todo correr de la loma acercándose a los camellos, que se habían detenido estúpidamente al ver caer a su dueño, y tomando de la brida al que aparecía cargado, examinó lo que llevaba encima.

Se trataba de un cargamento de curtidas pieles, y Regis calculó que se dirigían a Lhasa a comerciar con ellas. Tomó la carga y la arrastró, ocultándola tras unos peñascos. Luego, escondió el cadáver debajo de las pieles, y dirigiéndose al profesor dijo:

—Vamos a montar en estos preciosos animalitos y a emprender la huida. Si corren como tienen las patas de largas podemos estar en Lhasa antes de la noche.

Ayudó a Kao a subir, trepó difícilmente junto a él, mientras el profesor ascendía al otro, y emprendieron la marcha, siempre procurando apartarse de las rutas posiblemente frecuentadas.



...y emprendieron la marcha...

La suerte les favoreció, pues se aproximaba la noche, cuando desde una altura distinguieron a lo lejos una elevada depresión del terreno, un edificio ingente y majestuoso, que parecía dominar un conglomerado de casitas bajas, que se acurrucaban en la falda del monte.

—¡Lhasa! —Exclamó el profesor con emoción— estamos ante la meta de nuestra aventura. Allí se ha de decidir nuestra suerte y, o triunfamos en toda la línea, o si sufrimos el más doloroso fracaso, si no es que nos cuesta la vida.

—No sea usted pesimista, señor —advirtió Regis—. Hasta ahora, mal que bien todo se ha ido resolviendo a nuestro favor, y no creo que cuando todo se pone al alcance de nuestra mano se vaya a frustrar. Nos hemos deshecho de Wang-Cheng hemos despistado a sus sapos biliosos nos hemos burlado de esos feroces tibetanos del látigo de cuero y las orejas con pendientes y no creo que a última hora no encontremos el medio de apoderarnos de un simple anillo. Si fracasamos en cosa tan nimia, creería que hemos perdido toda

nuestra inventiva y toda nuestra acometividad.

—Bien. Dios te oiga —murmuró el profesor, que no podía ocultar la quietud que le dominaba, a pesar de aquel halagüeño balance.

Se detuvieron para deliberar. Se hallaban ante la boca del lobo y debían estudiar la mejor manera de entrar en ella.

—No nos conviene penetrar con los camellos —advirtió el profesor. Nos haríamos notar, y si alguien descubre el cadáver del propietario en seguida seremos capturados.

—Nos internaremos por la montaña y les soltaremos allí. Quizá escojan el camino de vuelta y se alejen. Y si no lo hacen así, que averigüen quien los trajo. Nadie nos ha visto llegar y no nos puede relacionar con ellos. Se apearon, pusieron los camellos en dirección contraria, y, les obligaron a alejarse.

—Ahora cojamos la ruta, procurando que no observen por donde la tomamos y, ¡adelante! La suerte está echada.

Conseguido su objeto, pronto fueron rebasados por un grupo de peregrinos, a los que se unieron y, junto a ellos, alcanzaron los arrabales de la ciudad.

Lhasa (o Sede de los Dioses) es la capital del Tíbet, y está situada en una planicie a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar. Se trata de una ciudad monótona, enclavada en el centro de una agrupación de montañas ramificación septentrional del Himalaya, al sudeste del lago Tangri-Mour y del monte Tcharenaro, a la orilla del río Kincha.

Sus casa se agrupan en la falda de la montaña, y lo que más llama la atención de ellas son sus techos, pintados de verde y los innumerables jardines que las rodean. Cuenta con unos veinte mil habitantes, que en su mayoría son monjes y sacerdotes. Ciudad eminentemente religiosa, posee infinidad de templos en su cercanía, destacando el palacio del Dalai-Lama, que se yergue aislado sobre una roca de cien metros de altura y dos kilómetros de circunferencia.

El templo, magnífica construcción de granito, mitad fortaleza mitad palacio, es un hacinamiento de murallas y bastiones rematadas por cinco cúpulas doradas. Lo que más destaca de él, es una enorme estatua de Yamba, también dorada y cubierta de

pedrería, que mide veintidós metros de altura. Preside la estructura interior del templo, de forma que una galería rodea sus pies, otra su cuerpo y otra su cabeza. Se entra por la roca viva, en la que ha sido tallada una gran puerta.

No se sabe exactamente la cantidad de monjes que alberga tan inmenso edificio, pero algunos historiadores calculan el número en doce mil, contando todas las categorías.

Lhasa es ciudad abierta al comercio, pero no a las misiones, y a pesar de la imposición inglesa que consiguió ciertas tolerancias, se cultiva la persecución fanática a todo extranjero que se permite profanar su recinto.

Nuestros tres aventureros penetraron en la ciudad confundidos entre otros muchos peregrinos que afluían constantemente. Se hallaba ya atestada de forasteros y el bullicio que se advertía en ella era muy conveniente para hacer pasar desapercibidos a Karus y sus amigos.

Estos se orientaron en busca de posada, consiguiendo encontrar una, tras penosos esfuerzos. Les destinaron una sucia y maloliente habitación para los tres, pero ellos se consideraron dichosos con ella. Dormirían bajo techado, contarían con un refugio más o menos seguro, y no tendrían necesidad de separarse por si surgía algún peligro contra el cual podrían luchar conjuntamente.

Capítulo tercero

Una fiesta horripilante

AQUELLA noche decidieron dormir todo lo cómodamente posible, para estar en condiciones al día siguiente de intentar la postrer aventura, que había de conducirles al triunfo soñado o a la más deprimente y posible derrota.

Libres de su feroz enemigo, se sentían más tranquilos, aunque no descartaban que la secta, furiosa por la desaparición de su gente, intentase un último esfuerzo para localizarles y suprimirles para siempre.

Cenaron un buen guiso caliente de carne de carnero salvaje, rociada con unos cuantos vasos de «ciu», bebida que se produce de la destilación del arroz, y cuando se sintieron satisfechos se dispusieron a descansar.

Pero Regís, a quien el nerviosismo no permitía conciliar el sueño, quiso distraer la velada preguntando al profesor:

—¿Quiere usted ya explicarme qué diablos es el lamaísmo? Me lo prometió usted para momento oportuno y creo que más oportuno que este ninguno.

El profesor, sonriendo ante las palabras del criado, repuso:

—Te lo explicaré a grandes rasgos. El lamaísmo no es más que una forma muy corrompida del budismo indio, con cuya religión se

encuentran mezcladas algunas facetas de las iglesias griegas y romanas, tales como procesiones, altares, etc. Fué importado por los misioneros y contiene un gran número de prácticas y supersticiones locales esencialmente mágicas.

«Tiene su raíz, al parecer, en la divinización de la naturaleza, que antiguamente se creía animada por un sin fin de espíritus, adorándose a los dioses de las montañas, a las fuentes, los ríos etc., y a los príncipes y princesas después de muertos.

«Antes, en las fiestas celebradas con motivo del año nuevo, se sacrificaba un animal y se comía su carne, ahora, se destroza y reparte entre la muchedumbre un pan en forma de monigote.

«Algunas prácticas salvajes del lamaísmo tendrás ocasión de presenciarlas en breve. Sólo te diré que, según crónicas, allá por el año 617 se estableció en Lhasa (la ciudad de los dioses) el primer rey tibetano llamado Srongbtsam-sgan-po, y se casó con una princesa china que introdujo en el Tíbet los santos y los libros del Budismo, cuya religión acató el monarca.

«Por este motivo vinieron al Tíbet varios misioneros indios, que encontraron fuerte oposición en los magos y hechiceros, e incluso en el mismo pueblo, aferrado a sus supersticiones.

«El monarca se sirvió, para acabar de ahuyentar a los demonios de mi individuo llamado Padmasambhava, que trató de fundar una nueva religión, que llamó el lamaísmo.

«Hubo luchas cruentas entre uno y otro bando, pero el fundador de la nueva religión combatió la demonología y la hechicería; persecución que recrudesció más tarde un monje indio llamado Atina, fundando una nueva secta llamada Kadampa.

«Dos siglos después, Tson-kha-Pam reformó la secta, bautizándola con el nombre de Gelugpa (la secta virtuosa), consiguiendo la unión de la iglesia mediante una sólida organización que imponía una férrea disciplina.

«Implantó el celibato entre monjes los vistió de amarillo como a los indios, y creó otras reglas que sería prolífico enumerar.

«De sus prácticas religiosas nada te digo, pues algunas vamos a presenciar. Sólo afirmaré que el lamaísmo es en síntesis el resultado de dos doctrinas búdicas, más o menos iguales y de las supersticiones locales impregnadas de toda suerte de artes y ritos

mágicos.

Regis, a quien aburría aquella explicación, pues se había quedado como antes de oírla, preguntó:

—¿Quiere usted explicarme ese jaleo de lamas? El « Palu-Lama

», el «Pachen-Lama», el «Bogdo-Lama»... ¿Quién es esa trilogía?

—Te diré. Los Lamas representan la encarnación de Buda y sus espíritus pasan después de muertos a vivificar el cuerpo de un niño pequeño.

«El poder temporal encarnaba en el “Dalai-Lama” desde 1254, pero cuando el Dalai fué expulsado del Tíbet por el gobierno chino, a causa de un incidente con nuestra nación, pasó al “Pachen-Lama”, ampliándose una profecía, según la cual, cesarían las transmigraciones de los Dalais-Lamas a la decimotercera generación, y precisamente este era el número que ostentaba el último de los papas de Lhasa.

«Por una serie de episodios que omitiré, se repartió el poder y el Pachen-Lama, residente en el Monasterio de Tashilhumpo, ejercía su autoridad en la provincia de Tsang, mientras el Dalai-Lama, residente en el de Pótala, ejercía su autoridad en Lhasa. El Pachen fué y es considerado como el Jefe de la religión y de sus colegios sacerdotales, amparándose en el prestigio de su nacimiento, ya que es creencia que encarna el alma de su antecesor.

«Como los Dalais-Lamas suben al poder siendo niños, los Pachen-Lamas los sirven de tutores hasta la mayoría de edad, en la que toman las riendas absolutas del poder, pero... ninguno solía llegar a esa época, porque sus celosos tutores se han encargado siempre de acortarles la vida por medios muy expeditivos.

—¡Muy bonito y humanitario! —comentó irónico Regis—. Así, los Dalais-Lamas han sido siempre figuras decorativas.

—Te diré... Todo tiene sus quiebras. En 1899 subió al poder un Dala; llamado Ngowang Lobzang Tubdon Gyatzo, y su primer acto de autoridad fué degollar a su tutor, el Pachen-Lama y a cincuenta consejeros que le acompañaban, todos ellos grandes Jefes de los monasterios. Ngowang tuvo un reinado muy turbulento; peleó contra nosotros, fué vencido, huyó y regresó al Tíbet armó monjes y salvajes del interior y fue un verdadero rey, pero el 17 de diciembre

de 1933, moría apuñalado en el convento de Tashiumpo, en unión de su primer ministro al que envenenaron unos falsos monjes.

—¿Quién gobierna ahora?

—Un muchacho de veinte años. Fué nombrado hace algún tiempo y ahora alcanza la mayoría de edad. Por lo visto, el Pachen recuerda el caso de Ngowang y se ha abstenido de enviarle al paraíso de Buda antes de tiempo.

—O no ha tenido ocasión... ¿Quién tendrá ahora el anillo?

—El pachen-Lama, pero en las ceremonias de estos días habrá de devolvérselo al Dalai-Lama, ya que éste recaba para sí el poder.

—Sería cosa de intentar apropiárselo antes que pase de mano. Quizá el Pachen sea menos espectacular que el Dalai y se le pueda abordar más fácilmente.

—Mañana lo veremos. Tanto no hemos de tardar... Y ahora, vamos a intentar dormir un poco. Yo me caigo de sueño.

Siguiendo el consejo del profesor, los tres buscaron una postura cómoda, y minutos después roncaban como si se encontrasen en el mejor hotel de Londres.

Cuando despertaron al siguiente día ya era bastante tarde. El día había amanecido frío y seco, pero el sol lucía con relativa fuerza y alegraba un tanto el paisaje lejano de las montañas eternamente vestidas de nieve. Desayunaron rápidamente, y abandonando la posada se echaron a la calle, ansiosos de presenciar el espectáculo nunca visto que se iba a ofrecer a sus ojos, y, sobre todo, ansiando verse mezclados con las turbas que acudirían al monasterio, donde se encerraba el objeto de su odisea.

Una multitud abigarrada inundaba las calles dirigiéndose en oleadas hacia la explanada que en lo alto de la gran roca, señalaba la entrada del monasterio.

Todos los matices raciales de China desde la Mogolia a la raya de Birmania, se encontraban allí representados, y el atuendo pintoresco, exótico, anacrónico que lucían, era una nota de color que jamás podía olvidarse.

Nada parecía acusar inquietud en Lhasa. Por las muestras, aun no había llegado allí noticias de la presencia de los tres aventureros y los secuaces de Wang-Cheng, debían estar sumidos en la ardua tarea de encontrar a su Jefe y desentrañar el motivo de su desaparición.

Si tardaban mucho en tomar iniciativas y correr la voz hacia la ciudad sagrada, cuando quisieran hacerlo, acaso fuese tarde para impedirles actuar con tranquilidad y con las máximas garantías de libertad de acción.

Aliviando el paso para ir dejando atrás toda aquella marea humana, ganaron la cuesta, alcanzando, con los primeros cientos de peregrinos, la amplia explanada.

Por todo el camino habían ido dejando rezagados a los «manis» o muros con la palabra mágica escrita; torres y pirámides guardando restos de santos de la religión budista y «árboles de bendición» adornados con sus alegres banderolas. Una música agria y disonante llegaba a sus oídos a medida que avanzaban, y cuando, por fin, pudieron situarse entre las primeras filas, descubrieron un espectáculo inolvidable por lo extraño.

En el atrio del templo se había formado una orquesta de veinticuatro monjes vestidos de amarillo. Era una orquesta atrabiliaria, compuesta de caracol marino, colosales trompetas de cobre, de un sonido agrio, que aturdía, timbales monstruosos, tambores de un batir sordo y clarinetes de hueso, formados con fémures humanos.

Al estridente compás de esta exótica orquesta, danzaban un baile salvaje y algo más de cincuenta monjes, cuyas cabezas estaban cubiertas por unas mascarar ornamentales de rostros espeluznantes, la mayoría de ellos emulando animales de la mitología de los lamas.

Armados de unos sables curvos danzaban con frenesí haciendo pantomimas con las armas y correspondiendo cada movimiento con gritos guturales que escalofriaban.

En lo alto del estrado, sobre una especie de trono donde adornado con telas y tapices de chillones colores aparecía un joven moreno vestido ricamente, con báculo, y junto a él un anciano de rostro anguloso, también ricamente adornado.

Eran el Dalai-Lama que iba a cumplir la mayoría de edad y

hacerse cargo del poder temporal, y su tutor el Pachen-Lama.

Terminada la salvaje danza en la que los que tomaban parte de ella quedaron como extenuados, vibraron agudamente las trompetas y un silencio impresionante reinó en la explanada nada.

Abiertas las puertas del templo, empezaron a surgir por ellas infinidad de monjes, vestidos de amarillo, con pantalones, capas pluviales y sombreros, que iban formando dos filas, situándose a los lados del atrio. Cuando terminaron de salir, entonaron una plegaria, que fué repetida por todos los presentes, y al concluirse ésta, surgió de nuevo el silencio letal.

Un individuo alto, seco, delgado, con el rostro apergaminado, vestido de la manera más exótica que pueda imaginarse, surgió del templo y saltó en mitad de la plaza haciendo cabriolas y lanzando gritos agudos, al tiempo que se dirigía a los cuatro puntos cardinales.

Llevaba en la mano una especie de hisopo y a la cintura un agudo puñal, y cuando terminó sus exhibiciones de saltos e invocaciones, hizo una seña.

De un rincón, guardado por un pelotón de tibetanos, que debían ser soldados del monasterio, surgieron media docena de individuos pequeños, achatados miserablemente vestidos. Todos poseían las facciones demacradas y en sus ojos parecía arder la fiebre.

Los soldados los arrojaron brutalmente en el centro de La explanada, delante del individuo que les había reclamado con una seña, y ninguno osó moverse de la postura en que habían caído.

—¿Qué va a hacer con esos tipos? —murmuró Regis al oído del profesor.

—Sacarles los demonios del cuerpo. Ese es el mago del monasterio. Creo que vamos a presenciar algo tan curioso como escalofriante.

El mago ejecutó unos signos extraños con el hisopo, y empezó a dar saltos en torno a los endemoniados, al tiempo que clavaba en ellos sus ojos, de un brillo metálico que daba miedo.

Los poseídos se adelantaron lentamente, siguiendo al mago en sus contorsiones. Luego se irguieron y empezaron a lanzar aullidos salvajes y a agitarse nerviosamente, destrozando sus ropas, arañando sus pechos, para simular que extraían de ellos algo muy

oculto, que sólo en fuerza de zarpazos y tirones horribles de piel, podían arrancar.

El mago saltaba y gritaba como un lobo, siendo imitado por sus clientes, y se formó una especie de rueda infernal en la que unos en pos de otros, giraban locamente.

Tan sólo uno parecía resistir la atracción hipnótica del mago. Aunque hacia esfuerzos sobrehumanos por ponerse a tono con sus compañeros, no lo conseguía, y el mago, al darse cuenta de aquella resistencia pasiva, dejó al grupo para dedicar toda su atención al rebelde.

Plantado ante él le miraba con ojos de reptil y le invitaba a saltar, pero el mogol, pues se trataba de un chino de la Mogolia, apenas si poseía fuerzas para levantar las piernas de la roca viva.

El mago duplicaba sus gestos y sus esfuerzos para conseguir hacerse obedecer del rebelde, pero éste, cada vez más asustado, retrocedía huyendo de él, sin que el poder hipnótico que trataba de retenerle, poseyese virtud alguna. Entonces, el mago sacó de su vaina el agudo cuchillo y ejecutó una pantomima en torno al endemoniado, amenazándole con tan aguda arma, al tiempo que le decía cosas que debían ser horribles, a juzgar por los movimientos epilépticos que ejecutaba el infeliz.

Por fin se detuvo junto a él, levantó el brazo, y con un movimiento rápido lo dejó caer en el pecho del mogol. Este lanzó un aullido inhumano y cayó de espaldas mostrando el pecho, donde el puñal se había hundido hasta el mango.

—¿Qué ha hecho esa serpiente de cascabel? —preguntó Regis indignado.

—¡Calla y muérdete la lengua!—susurró el profesor—. ¡Ha matado al demonio!

—¿Es que ese mico chato era un demonio?

—No. Ha matado al demonio que se resistía a salir de su alma. El mogol no ha respondido al llamamiento general. Los demás han conseguido extraerse el diablo del pecho en fuerza de arrancarse la piel, pero éste se ha resistido a la prueba. Así no podrá vivir, y muerto el demonio, su alma va camino del paraíso de Buda, libre de tan poco grata compañía.

Reis hizo unos cuantos comentarios sardónicos sobre aquella

ceremonia brutal, pero en voz baja. Comprendía que no era prudente exteriorizar mis pensamientos ante aquella horda de fanáticos, pues le hubieran despedazado allí mismo por profanador.

El cadáver del mogol fue arrastrado de allí como si se tratase de un apestado. Poco más tarde, sería lanzado a una sima, para que los buitres le devorasen y purificasen su alma.

Terminada esta brutal ceremonia aun faltaba otra más espectacular y cruel. Oficialmente estaba prohibida, pero no había fuerza humana en toda China privar a los tibetanos de una práctica ancestral, que constituía uno de los pilares más recios de su religión.

Un individuo ciclópeo, vestido de chillones colores, esgrimiendo en la mano un largo y agudísimo sable surgió al centro de la plaza, y después de saludar al Dalai-Lama y a su tutor inclinando su sable ante ellos, quedó en actitud expectante. Momentos después, dos soldados del Dalai aparecían arrastrando a un individuo de rostro feroz, al que traían amarrado sólidamente. El preso se resistía a ser transportado y lanzaba rugidos impresionantes y maldiciones horribles.

—¿Quién es ese tipo del sable? —preguntó Regís, que no podía contener su curiosidad.

—El «Jalno» —advirtió en voz baja Karus—. Va a hacer la ofrenda del Genio del Mal para ahuyentarlo de los muros del monasterio.

—¿Quién es el Genio del Mal? ¿Ese tipo encadenado?

—No; esa es la víctima que saciará el apetito del genio. Estáte atento y sobre todo domina tus nervios y no sueltes alguna de tus frases, que podrían costarnos la vida.

El «Jalno», sacerdote verdugo del monasterio, se adelantó al preso, que se debatía ferozmente entre sus ligaduras, y le dijo algo que no pudo ser oído. El condenado le miraba de modo fulminante y lanzaba feroces insultos, que el verdugo despreciaba, pues creía que no era él, sino el genio quien le anatematizaba.

Lanzó una corta oración, y después, acercándose al preso, le tomó reciamente por el cabello y le levantó en vilo. El cuerpo pateó en el vacío como un pelele, luego, el sable fulguró un momento al sol, herido por sus rayos, y el cuerpo del preso cayó al suelo

verticalmente, mientras su cabeza quedaba pendiente del brazo del «Jalno».



...le tomó reciamente por el cabello y le levantó en vilo...

Un alarido de rabiosa alegría brotó de miles de gargantas, y la masa de peregrinos, como impulsada por un vendaval, osciló, abriéndose en miles de fragmentos que, como fieras rabiosas se lanzaron sobre el decapitado, disputándose con saña sus despojos.

Fue algo apoteósico y repugnante. Nuestros tres aventureros, arrastrados por la enfebrecida marea, se vieron empujados por el

pelotón, y cayendo al suelo, se debatieron bravamente, observando cómo los tibetanos, igual que tigres destrozaban el cadáver del chino, llevándose entre las garras fragmentos de su cuerpo.

Cuando, por fin el bloque se aclaró, y pudieron levantarse medio maltrechos, Regis estaba a punto de sacar el cuchillo y lanzarse ciegamente sobre aquella horda inhumana, pero el profesor le detuvo, arrastrándole en pos de él.

—¡Malditos buitres! —rezongaba el criado—. Por poco me destrozan... ¿Es que son antropófagos y comen también carne humana?

—No, pero poseer un trozo del cuerpo del decapitado es ahuyentar el Genio del Mal de su morada. Esto lo verás repetirse durante los veintitrés días que duren las fiestas.

—¡Lo va a ver... un tío suyo! —rugió Regis—. Yo no asisto más a un espectáculo tan repugnante.

—Ni yo, si puedo, pero eso aquí no tiene importancia.

—¿Y no hay quien lo prohíba?

—De derecho está prohibido. Debe sacrificarse un pan en forma de monigote y repartirlo en pedazos, pero eso no satisface el fanatismo religioso de los tibetanos y prefieren poner en práctica sus desterradas costumbres. Tratar de evitarlo sería tanto como tener que enviar un cuerpo de ejército para impedirlo y provocar una lucha suicida.

—No me explico cómo hombres que se llaman humanos pueden sentir goce con tales prácticas.

—Ni yo, pero el Oriente es así, y no somos nosotros los llamados a darle la vuelta. Habría que barrer China de punta a punta y poblarla de nuevo.

El Dalai-Lama, en unión del Pachén, había abandonado su trono, dirigiéndose al interior del templo entre las dos filas de sacerdotes que iban entonando una plegaria.

La masa de peregrinos siguió sus pasos, y pronto empezaron a inundar el atrio del templo, que resplandecía como un ascua de oro. El sol, al filtrarse a través de los hermosos ventanales de cristales policromados, pintaba sobre las losas miles de figuras de bellos colores, que al posarse sobre las amarillas vestiduras de los lamas cuando cruzaban bajo su radio de acción, exornaban las dalmáticas

con los más exóticos y llamativos dibujos.

El Dalai-Lama, precedido del Pachen-Lama, ascendió a las gradas del altar, donde quedó erguido, y tras de imponer silencio con un gesto, lanzó la frase sacramental:

«¡Omi

nia-na

Padme Kum!».

La palabra mágica fué repetida con fervor por todos los peregrinos, y luego, se procedió a ejecutar una función religiosa que duró cerca de una hora.

Karus entre tanto, atraído por la belleza salvaje y colosal del templo, se entretenía en admirar de soslayo cuanto le rodeaba.

Lo que más le impresionó fué la efigie colosal de Yama con sus veintidós metros de altura, presidiendo la fiesta desde el fondo del cuadrilátero.

Las galerías que morían en ella, parecían querer traspasar su cuerpo de pies a cabeza y daban la impresión de brotarle, como monstruosos brazos, que se encuadraban al dar la vuelta, para formar el perímetro de las tres galerías.

A los lados, en varios altares de anchas bases marmóreas se alzaban algunas divinidades confucionistas, tales como el dios Felo, el inventor del uso de la sal. Huyó al no encontrar aprecio de su descubrimiento y sus compatriotas, convencidos de su error, más tarde, se lanzaron al mar en el mes de junio para buscarle, aunque se sabe que no volverá hasta el fin del mundo; Fo, primera persona del trío de la alegría del Ju kiao chino, que personifica la riqueza y el rango, y ostenta como símbolo en la mano derecha, el cetro mandarín;

Kuan-ti

, dios de la guerra, que nació el año 161 y defendió la dinastía de los Han, a los que, más tarde, combatió, siendo vencido y decapitado el año 219, y otras imágenes más, que le eran desconocidas.

Regis, por su parte, examinaba las galerías, estudiando su estructura, pues se le había metido en la cabeza quedarse oculto en el monasterio, para localizar al Pachen-Lama y robarle el anillo, mientras, Kao, se había deslizado entre los grupos y examinaba los

altares y cuanto abarcaban sus agudos ojos, por si en momento oportuno era fácil necesitar de ellos.

Cuando terminó la ceremonia, el Dalai-Lama echó su bendición sobre los grupos, y éstos empezaron a desfilar.

Regis, desencantado, pues no veía ocasión propicia para satisfacer sus anhelos, murmuró al oído del profesor:

—No veo oportunidad de intentar algo.

—Cálmate y no seas impaciente. Las prisas para nada son buenas.

—Es que yo quisiera quedarme aquí y...

—¡Vamos, no pierdas el tiempo! Ya tendremos lugar si es necesario.

—Pero, ¿cuándo?

—Esta noche se celebra la fiesta de las lámparas. Si las circunstancias aconsejan quedarnos, siempre será mejor hacerlo de noche que de día.

Regis lanzó un suspiro de contrariedad, pero convencido por las razones del profesor, se dejó guiar fuera del monasterio.

Terminada la fiesta, no sólo los peregrinos abandonaban el templo, sino que algunos ламas de los que habían acudido a las ceremonias y que no habitaban dentro del monasterio, se disponían a retirarse a sus capillas o a las «torres de oraciones» cercanas adonde se alojaban.

Regis y sus amigos se dispusieron a dar una vuelta por la ciudad. Querían conocerla y, sobre todo, darse cuenta de su estructura, por si las circunstancias les ponían en algún aprieto.

Al dirigirse hacia uno de los arrabales, descubrieron dos ламas que caminaban delante de ellos, y Regis fijó sus ojos en ellos de manera inconsciente, para después examinarlos con más atención.

De repente, tomó por el brazo al profesor que pretendía dirigirse hacia, su derecha, y murmuró:

—Sígame. Vamos a ver dónde se dirigen ese par de ratas amarillas.

—¿Otra idea tuya? —preguntó el profesor alarmado.

—Sí, y si nos sale bien nos dará la clave de todo. Pidamos a Dios que acierte.

Capítulo cuarto

El Dalai-Lama ha muerto

LOS dos lamas, sin preocuparse de que pudieran ser seguidos, cruzaron varias callejuelas malolientes y salieron fuera de los arrabales, dirigiéndose a un polvoriento camino, a cuya derecha, un cuarto de milla más allá, se levantaba un tosco edificio con torre en forma de campana, que el profesor reconoció al instante como una de las muchas torres de oraciones que infestaban el Tíbet.

—¿Se dirigirán allí? —preguntó Regís ansiosamente.

—No cabe duda ninguna —afirmó Karus—. Hay tantos en Lhasa, que tienen que alojarse en todas partes.

—¡Magnífico!... ¡Con tal de que no abandonen ese nido de cornejas hasta que sea de noche...!

—¿Cuál es tu idea?

—Asaltar esa torre, deshacernos de los dos lamas y apropiarnos sus hábitos. Si lo logramos, tendremos libertad para movernos dentro del monasterio a nuestras anchas e intentar el golpe, si hay posibilidad de ello.

—Los pueden echar de menos... Descubrir su falta y ya puedes pensar...

—Esperaremos a que sea de noche. Ese par de limones tendrá que acudir a la fiesta de las lámparas. El sustituirles no será notado

y si la cosa no sale bien... Entonces...

El profesor no dijo nada, pero comprendió que en medio de lo descabellado del proyecto era una posible solución.

—Bien —confirmó—, pero no cometamos tonterías prematuras. Esperemos a que sea de noche.

Buscaron un escondrijo, hallándolo en unas depresiones del terreno y Regis, dirigiéndose a Kao, dijo:

—Escucha, pequeño. Conviene que te vuelvas al poblado y te procures algunos alimentos. No hay que confiarse, por si acaso surgen accidentes imprevistos.

Kao se deslizó entre las breñas y desapareció rápidamente, dejando al acecho a sus compañeros.

Dos horas más tarde regresó con algunas viandas, que repartió entre el profesor y Regis.

—¿Alguna novedad? —preguntó éste.

—No. Kao dio vueltas al poblado y nada descubrió. Todo tranquilo. Muchos más peregrinos y mucha fiesta en calles.

—Bien. Que se distraigan como pueblerinos. Nosotros a lo nuestro.

Después de satisfacer el hambre, se armaron de paciencia y esperaron atisbando constantemente la torre. Los lamas, no habían salido de ella y solamente algunos peregrinos extraviados habían llegado a la torre en busca de sus oraciones, que les fueron servidas, por el monje que cuidaba habitualmente de ella.

La noche se fué echando encima rápidamente y Regis, que ardía de impaciencia, advirtió:

No creo que sean más de tres los enemigos con quienes hemos de habérnoslas. Tres, para nosotros tres, son un bizcocho en manos de un pilluelo muerto de hambre.

Por fin, anocheció totalmente. El cielo, azul negro, dejaba ver el fulgor metálico de las estrellas y a su luz, los tres aventureros, dando un rodeo, se dirigieron a la torre de oraciones como si fueran tres peregrinos rezagados que llegasen tarde a Lhasa.

Regis fué el primero en aproximarse a la puerta y el monje encargado de repartir las oraciones musitó algo entre dientes y sacando de una mugrienta bolsa un papel, hizo ademán de entregárselo al criado.

Este, que se había colocado en situación ventajosa, estiró el brazo, pero en lugar de tomar el papel, lo dirigió brutalmente al rostro del monje, el cual, alcanzado en pleno mentón, se echó hacia atrás lanzando un rugido de dolor, al tiempo que caía de espaldas como un pelele. En aquel momento, uno de los lamas que se disponía a abandonar la torre, surgió de ella y dándose cuenta rápida de la agresión, se lanzó sobre Regis, al tiempo que emitía un grito de alarma invocando la ayuda de sus compañeros. El monje, grande, fuerte, musculoso, no era un enemigo fácil, pero Regis tampoco era un grano de anís para dejarse dominar por él.

Karus y Kao pretendieron auxiliarle, pero la presencia del otro monje dividió las fuerzas y el ataque.

Regis, que poseía cierta ciencia pugilística, se distanció de su enemigo para no permitir que tuviese ocasión de agarrarse a él y cada vez que pretendía atenazarle, le lanzaba un directo al rostro o al pecho, que el lama acusaba con gruñidos de dolor, pero sin retroceder un paso, mientras Karus y Kao, enzarzados con el otro a brazo partido, habían rodado a tierra y peleaban en ella igual que gatos rabiosos.

Regis luchaba en vano por deshacerse de su enemigo. Este era recio como un Yak, y aunque recibía tremendos puñetazos, trataba de replicar ciegamente, alcanzando a su rival con algunos golpes mal dirigidos. Por fin, el bravo criado consiguió colocar un puño en el mentón del lama, enviándole a tres metros de distancia, contra la pared de la torre, donde recibió un terrible impacto en el cráneo, que acabó la obra demoledora del criado.



...enviándole a tres metros de distancia...

El monje se desplomó sangrando por la herida y Regis se apresuró a arrojarse sobre él, poniéndole boca abajo, para que no manchase el hábito.

Luego, giró sobre sus talones y acudió en ayuda de sus amigos, que se debatían con desventaja. El monje había cogido a Kao debajo de él, medio espachurrándole, mientras trataba de afianzar por el cuello al profesor para neutralizar sus puños.

Regis sacudió una terrible patada al cráneo del lama, dejándole medio atontado y luego, aprovechando el momento, le dio dos

soberbios puñetazos rostro, durmiéndole para unas cuantas horas.

Kao, medio asfixiado, surgió de la obesa humanidad del caído, respirando trabajosamente, mientras el profesor acusando en el cuello las señales de los dedos del tibetano, se rascaba la parte dolorida.

—Has llegado muy a tiempo, Regis —comentó— este animal se había propuesto acabar con mi gáznate, al que tengo en gran aprecio.

—Y con los huesos de Kao —afirmó Regis sonriente—. ¿Qué tal te ha tratado este carnero salvaje, mi pequeño?

—Kao tiene huesos magullados... Hombro duele mucho.

—Bien, ya te daremos una friega de aceite de rana sarnosa con coleta y se te pasará —afirmó el criado sonriendo—; lo principal es haber sacado el pellejo intacto. Estos sapos deben comer dinamita, por lo fuertes que están.

Arrastró los cuerpos de los tibetanos al interior de la torre y, ayudado por sus amigos, procedió a despojarles de sus vestiduras.

—Lo malo es —dijo— que sólo hay trajes para dos. Tú, pequeño, tendrás que conformarte con asistir de paisano a la fiesta. Creo que es mejor, pues cuantos menos seamos, menos tenemos que preocuparnos unos de los otros.

A Kao no le agradó la idea de mantenerse al margen y no correr las mismas aventuras que sus compañeros pero, obediente, acató sus órdenes.

—¿Qué haremos con estos sapos? —preguntó Karus.

—Convendría sacarles de aquí y esconder sus cuerpos en algún lugar lejano. No creo que a estas horas acuda ningún peregrino en busca de oraciones, y si acude, creerá que el monje marchó al monasterio a presenciar la ceremonia. Vamos a sacarles de aquí.

Con trozos de las vestiduras del monje, fabricaron recias ligaduras y unas mordazas que les aplicaron a la boca, y deslizándose por las depresiones del terreno, buscaron un lugar adecuado, donde pudieran atarles a unos árboles para mayor seguridad.

—¿Qué hacemos con nuestras ropas? —preguntó el profesor—. No debemos abandonarlas. Pues si las cosas salen bien, tenemos que recobrar nuestra personalidad.

Regis buscó piedras, las hacinó, dejando un hueco debajo y afirmó:

—Vamos a esconderlas aquí. Si todo se resuelve a satisfacción, volveremos en su busca, y si no... no nos harán falta más.

La profecía era siniestra y Karus se estremeció al oírla, a pesar de todo su valor.

Escondida la ropa y cubierto el hueco, se dirigieron hacia Lhasa.

—Vete tú delante Kao, y entra en el monasterio. Colócate cerca del altar de

Kuan-Ti

, para que sepamos donde estás si te necesitamos.

El chinito adelantó el paso para distanciarse de ellos y Karus y el criado, como dos pacíficos ламas, se dirigieron lentamente camino del monasterio.

Cuando alcanzaron la empinada senda que conducía a la residencia del Dalai-Lama, un espectáculo fantástico se desarrolló a sus ojos. Cientos y cientos de peregrinos, formando una cinta reptante que ascendía y luego desaparecía por la negra puerta, como tragada por ella, subían al monasterio empuñando una inmensa, variedad de lámparas encendidas, que en la oscuridad de la noche, causaban un efecto impresionante.

Las llamas, agitadas por el frío cierzo de la noche, oscilaban levemente y aquélla parecía una explosión de fuegos fatuos como jamás ojos humanos podían contemplar de nuevo.

—Es salvaje y grandioso —murmuró el profesor—. No vi nunca cosa más extraordinaria.

—Todo lo salvaje tiene grandiosidad —afirmó el criado—, pero es lástima que estos cafres no posean un poco más de cultura y humanidad para sus fiestas.

Confundidos con los peregrinos y abriéndose paso a través de ellos, trataron de llegar cuanto antes. Algunos otros ламas retrasados también pugnaban por adelantar camino y ambos aventureros imitaban su proceder.

Por fin llegaron a la puerta del monasterio y ganaron la entrada, apiñados entre la masa que penetraba como un torrente. El inmenso cuadrilátero aparecía atestado de fanáticos, y en las galerías, los ламas se agrupaban asomados a las balaustradas, esperando, sin

duda, el momento de intervenir en la fiesta.

Dos monjes que les precedían buscaron una escalera medio oculta a la derecha, ascendiendo por ella y Karus y Regis, imitándoles, los procedieron.

Ya en la galería, cuyas paredes aparecían cubiertas de innumerables vanos de puertas, se acodaron sobre la balaustrada y echaron una mirada ávida hacia abajo.

Karus arrugó el entrecejo al descubrir que, mezclados con la masa de peregrinos, se destacaban los hábitos rojos de infinidad de ламas. No los había visto durante la fiesta de la mañana y no acertaba a explicarse su presencia en la de la noche.

Regis también lo observó y aplicando su boca al oído del profesor, preguntó:

—¿Qué hacen aquí esos cangrejos cocidos?

—Estos ламas pertenecen a la secta del Bogdo-Lama, que reside en Urga, al norte de la Mogolia. Estos ламas no han jurado las reglas severas de los Dalais y Pachens, y pueden casarse y tener hijos. Están muy extendidos por las regiones de la Mogolia y la Manchuria, y son una especie de administradores civiles. Se encargan de buscar peregrinos y recoger limosnas.

—¿Forman otra raza aparte?

—No, pero... hay cierta tirantez entre rojos y amarillos.

Una música aguda y penetrante que se dejó oír, llamó la atención de ambos y enmudecieron atentos a lo que se iba a desarrollar.

La música procedía de una especie de pequeña plataforma que sobresalía a un lado de una de las galerías, y en ella se habían colocado varios «kings», instrumentos compuestos de piedras talladas en forma de escuadra suspendidos por un ángulo a un bastidor de cañas de bambú.

Este instrumento, al que se adjudica una antigüedad de cuatro mil años, se toca con unos martillos de metal o madera.

La música era algo bárbaro y primitivo. A veces adquiría agudezas hirientes y otras una dulzura insospechada para tratarse de un instrumento tan agrio.

Una puerta se abrió entre las piernas de Yamba y por ella surgieron las figuras del Dalai-Lama y el Pachen, suntuosamente

vestidos y seguidos por una doble fila de lamas de alta categoría, ornados de plata y oro, que portaban ricas lámparas de oro labrado.

El Dalai y su tutor tomaron asiento en un estrado cubierto de ricos y exóticos tapices con escenas mitológicas del lamaísmo, y los monjes se colocaron a los lados, alumbrando la escena con sus artísticas lámparas.

Los monjes entonaron una plegaria que se expandió por el inmenso cuadrilátero con grandiosa majestad y los peregrinos, tratando de organizar una especie de procesión, se acoplaron en filas que fueron dando la vuelta al monasterio, desfilando por delante del joven Dalai, al que rindieron pleitesía, inclinando sus lámparas al pasar.

Karus no dejaba de observar cierto movimiento extraño entre los monjes rojos, listos se habían replegado a uno de los ángulos del templo como si esperasen la hora de desfilarse en masa o como si pretendiese permanecer unidos entre sí.

Terminado el desfile, los fieles se agruparon en el centro del templo y el Dalai se irguió, enviándoles su bendición.

Luego, surgió un pequeño lama portando en una bandeja de oro, una ánfora primorosamente tallada, dos copas y unos paños de seda bordados y presentó la bandeja arrodillándose ante el Dalai.

El Pachen se adelantó y tomando el ánfora, vertió parte del contenido en las dos copas, depositando después el recipiente sobre la bandeja.

Tomó una copa y un paño y se lo ofreció a su apadrinado, mientras él, con la otra en la mano, recitaba una especie de salmo, en el que venía a decir, sobre poco más o menos, que habiendo guiado sus pasos durante la tutela para que se hiciese un perfecto y prudente Dalai-Lama, le devolvía el poder temporal que había usufructuado durante varios años, pidiendo a Buda que le iluminase para ejercer un gobierno perfecto.

El joven contestó agradeciendo sus servicios y cuidados y jurando ser fiel al lamaísmo y velar por sus intereses y luego, levantando la copa, la apuró de un solo trago. El Pachen-Lama quedó un momento con su copa en alto y lentamente la llevó a sus labios, pero antes de que tuviera tiempo de apurar su contenido, el Dalai-Lama, que había permanecido de pie, vaciló un momento,

para después caer de bruces sobre el estrado, donde quedó rígido.

El Pachén dejó deslizar la copa y se precipitó sobre al joven, al tiempo que un clamor de espanto vibraba sobre el templo.

Karus, nervioso, acercó la boca al oído de Regis y murmuró:

—Cuidado... ¡Esto me huele mal! ¡Presiento que han envenenado al Dalai-Lama!

Regis no pudo contestar. El Pachén se había levantado y encarándose con los peregrinos, exclamó con voz tonante:

—Buda todopoderoso, no ha querido que reinara en la tierra para que reine en su paraíso. ¡El Dalai-Lama ha muerto!

Un clamor de horror y de angustia vibró en el templo, y los peregrinos, presintiendo que algo anormal y grave había sucedido, se lanzaron en tropel hacia el estrado gritando:

—¡Traición!... ¡Traición!... ¡El Dalai-Lama ha sido asesinado!

Este grito electrizó a la masa. Los peregrinos furiosos amenazaron con arrollar al Pachén, que más amarillo que nunca, había descendido de su sitio buscando la salvación en la puerta abierta a los pies de Yamba, al tiempo que, rodeándose de sus monjes, gritaba:

—¡A mí, mis lamas!... ¡Barred esta chusma!

Los lamas amarillos, al oír la invocación, se apresuraron a abandonar las galerías descendiendo por las escalerillas dispuestos a acudir en auxilio del Pachén. Muerto el Dalai-Lama, su tutor volvía a ser el dueño de la situación y les convenía estar a su lado.

Pero, en aquel momento, los monjes rojos poniéndose de parte de los peregrinos, se apresuraron a lanzar gritos acusatorios contra el Pachén, y pronto empezaron a surgir puñales y cuchillos, dispuestos a funcionar con la sana y el salvajismo propios de la raza.

Karus, dándose cuenta de lo que ocurría, tiró de Regis diciendo:

—¡Pronto! Al lado del Pachén. Es la hora de arrimarnos a él y no abandonarle. Le he visto en la mano el anillo que debía haber entregado después de la ceremonia y hay que arrebatárselo.

Y sin medir las consecuencias y el peligro, desenvainaron sus cuchillos y, como locos, se lanzaron al templo abriéndose paso entre los peregrinos, hasta alcanzar a los monjes que habían empezado a agruparse en torno al amenazado Pachén-Lama.

La vertiginosa carrera en pos del Pachen, es imposible de describir, por lo espantosa. Mientras unos corrían hacia él con afán de asesinarle, otros, y entre éstos nuestros amigos, lo hacían también con intención de protegerle. Entre ambos grupos se armó un guirigay endemoniado, tremendo...

Capítulo quinto

El anillo sagrado

LOS peregrinos, para poder disponer de más libertad de movimientos, habían apagado sus lámparas arojándolas al suelo y así, a la intensa y pintoresca claridad que minutos antes reinaba en el recinto, había sustituido una penumbra que apenas acertaban a romper las cuatro grandes lámparas que pendían colgadas del inmenso techo. Esto hacía la situación más misteriosa y dramática y ocultaba mejor los movimientos de los contendientes.

Los ламas rojos se habían filtrado por la masa para ponerse a la cabeza y dirigir el ataque, mientras los ламas amarillos, abriéndose paso sangrientamente, pugnaban por alcanzar el fondo del templo y unirse a los que se habían agrupado en torno al Pachen-Lama.

En tanto, el cadáver abandonado del Dalai-Lama yacía al pie del estrado sin que nadie se preocupase de él. Lo importante era capturar al Pachen para que respondiese de aquella muerte.

Karus y Regis trataban de avanzar, aunque inútilmente. Los peregrinos, en masa, se oponían a su avance y hasta varios se habían revuelto contra ellos, atacándoles con saña, pero ambos, armados de cuchillo, habían repelido la agresión usando de las armas bravamente.

Pero aquello no fué eficaz. El paso continuaba obstruido y

ambos observaban con desesperación que el Pachen iba a lograr desaparecer por la puertecilla, sin que ellos le alcanzasen, privándoles de unirse a él como era su propósito.

Regis, loco de rabia, atenazó a un forzudo peregrino que trataba de clavarle el cuchillo en el vientre y, tras retorcerle la muñeca hasta tronchársela, le afianzó por los pies y le elevó sobre su cabeza.

Luego, con toda la fuerza de que era capaz, lo volteó fieramente y el peregrino, como si fuese un mazo gigantesco, empezó a chocar con los cráneos de los que obstruían el paso, terminando por formar un claro que nadie era capaz de llenar.

Rabioso de satisfacción al observar el éxito de su maniobra, gritóle a Karus:

—¡Adelante! Cuide de no ponerse a tiro del mazo o le trituraré la cabeza sin querer.

El profesor aprovechaba los claros que Regis iba produciendo para avanzar cerca de él, cuidando, al tiempo, de librarle de cualquier ataque imprevisto y así alcanzaron las primeras filas consiguiendo uniese a los ламas amarillos que luchaban formando un cuadro dentro de la que han encerrado al Pachen-Lama.

El acto de fuerza y de bravura del criado asombró a amigos y enemigos. Los primeros, quedaron mirándole con asombro, mientras los segundos retrocedían espantados para ponerse fuera del alcance de su horrible mazo.

Cuando consiguió unirse a los ламas amarillos, arrojó el destrozado cadáver del peregrino y con el cuchillo en la mano se dispuso a defender al Pachen como si se tratara de cosa propia.

Los ламas rojos, furiosos por aquel acto de valentía, trataron de avanzar de nuevo, pero ya la puerta había sido abierta y el Pachen se disponía a desaparecer por ella, dejando al grueso de sus ламas a la defensiva.

Karus hizo una seña a Regis y éste se escurrió entre sus compañeros, aprovechando la confusión de la lucha para unirse al grupo que penetraba tumultuosamente a través de la pequeña puerta, estrujando al Pachen-Lama en su afán de protegerle.

Ambos, de un modo vago, se dieron cuenta que atravesaban una estrecha galería adornada con tapices, para descender por una

rampa hasta una gran estancia cuadrada, toda ella tallada en mármoles de raras tonalidades y adornada en sus ángulos por cuatro estatuas de otras tantas divinidades budistas.

Un lama movió una de las estatuas y en la pared fronteriza se abrió un hueco misteriosamente, hacia el que se dirigió el Pachén, pero en aquel momento los lamas, que en cantidad de cincuenta habían penetrado en la estancia, lanzaron un grito de rabia al observar que, como una tromba, irrumpían peleando fieramente varios compañeros y un compacto grupo de peregrinos y lamas rojos.

El Pachén, rugiendo de ira, saltó hacia la puerta, al tiempo que una lama rojo gritaba:

—¡A por él, no dejarle sumirse en los subterráneos del monasterio!

Los lamas fueron atropellados por la tuba, que se arrojó iracunda sobre la puerta, por la que ya había desaparecido el Pachén, pero Regis y Karus, de un salto fantástico, desaparecieron tras él, en el momento que el Pachén oprimiendo un resorte oculto, conseguía cerrar la pared, dejando al otro lado a sus lamas en fiera lucha con sus enemigos.

Solamente Karus y Regis habían conseguido traspasar el misterioso recinto y el Pachén, creyéndolos dos auténticos lamas, ordenó con perentoria y autoritaria voz:

—¡Pronto!... ¡A los subterráneos del Samie! Es preciso que ayuden a nuestros hermanos los hombres que trabajan allí.

Regis miraba intensamente al Pachén, buscando, sin duda, la ocasión de atacarle, pero Karus le pisó reciamente, al tiempo que advertía con voz desfallecida:

—Gran Pachén, estoy muy débil. He recibido grandes golpes en la cabeza y en el pecho y

Li-Fong

encuentra también muy agotado ¿Queréis vos adelantaros?

—¡Oh!, perdonad... No había pensado en eso. Os habéis portado como unos bravos y os debo una recompensa. Recordádmelo en momento oportuno. Seguidme si podéis.

Ambos, fingiendo laxitud, siguieron sus pasos, dejándole marchar delante pero Regis no se mostraba conforme con la táctica

del profesor. Si llegaban a sitio donde se les uniese más gente, perderían la ocasión de apropiarse del anillo que refulgía en la mano del Pachén a su paso bajo las lámparas de aceite que alumbraban la rampa.

Karus, adivinando las inquietudes de su criado y temiendo que éste no pudiera dominar sus nervios, quiso darle a entender su plan y suplicó:

—Gran Pachén... ¿No sería mejor salir al exterior por una salida secreta y poner a salvo vuestra preciosa persona? Algún partidario del Bogdo-Lama puede conocer los secretos del monasterio y bloquear la salida o penetrar por otros lugares.

—Si, tienes razón. Tu consejo es prudente y lo acepto. Una vez que hayamos dado la voz de alarma a todos nuestros hombres que laboran en las entrañas del Samie, huiremos, y cuando todo esté dominado... ¡Oh!, entonces no habrá quien me dispute el trono de los lamas en muchos años.

Había tal y tan repugnante sonrisa en el rostro áspero y seco del Pachén, que Regis sintió tentaciones de acabar con él en aquel momento, pero a presiones ocultas del profesor se contuvo, no sin prometerse ensañarse con aquel individuo egoísta y asesino, que había reparado en medio alguno para asegurarse el poder temporal de su religión a costa de un frío y premeditado asesinato.

El Pachén, siempre en cabeza, iba abriendo puertas misteriosas, descendiendo escaleras angostas y raras, atravesando muros al parecer inexpugnables, debido a trampas secretas muy propias de los chinos, y Regis, al observarlo, se iba calmando, pues comprendía que sin la sabia táctica de su jefe no hubieran podido salir jamás de allí. Por fin, traspasaron una gran puerta de bronce que el Pachén franqueó mediante una llave que llevaba colgada al cuello, pendiente de una cadena. Aquel era el supremo obstáculo que cerraba el paso definitivo a las misteriosas galerías, que el profesor hubiese visitado gustoso, aun a costa de renunciar a algunos años de su vida.

Un monje, armado de magníficas y modernas armas, surgió de una casamata de roca, y al descubrir la persona del Pachén, se inclinó diciendo:

—Manda, poderoso Señor... Mi vida es tuya.

—¡Pronto!... ¡Que se armen los monjes obreros y acudan a las galerías de la salida del templo! El Dalai-Lama ha muerto inopinadamente y las turbas han asaltado el monasterio. Que no dejen un lama rojo de cuantos se encuentren al paso.

El centinela se llevó a la boca un silbato del que vibraron notas discordantes y rítmicas, y a su pitido de alarma empezaron a surgir como hormigas infinidad de monjes vestidos de negro, empuñando armas de todas clases.

Karus, anhelando poseer alguna para su defensa, suplicó:

—Señor Señor, dad orden que nos faciliten armas también. Pueden ser necesarias para vuestra seguridad.

El Pachén arrancó de manos de dos monjes dos soberbias carabinas y otros tantos revólveres, así como dos paquetes de municiones, y entregándoselas a sus falsos protectores, dijo:

—Tomad; que os sirvan para suprimir tantos enemigos como balas encierran esos paquetes.

Ambos tomaron las armas con ansia, mientras los monjes, en oleadas, iban desapareciendo por la galería para correr a engrosar el grupo de lamas que, arriba, se defendían como fieras del ataque de los peregrinos y lamas rojos.

Karus, impaciente, preguntó:

—Gran Señor ¿os queda por tomar alguna medida?

—No.

—Entonces, pongamos a salvo vuestra preciosa vida. Son muchos vuestros enemigos y han tomado posiciones dentro del monasterio. No sabemos hasta dónde pueden llegar.

—También son muchos y muy leales los hombres que han de defenderme...

—¿Serían tantos si el Dalai-Lama no hubiesen muerto?

El Pachén, tras una duda, replicó:

—No. Todos tienen el alma leal a una causa, pero ahora...

—Pues no os fiéis hasta que no sepáis derrotados a vuestros rivales. No olvidéis las prudentes doctrinas de Buda.

El Pachén debió pesar el consejo, porque tomando una actitud decidida replicó:

—Tienes razón. Tú eres un hombre sabio y prudente y llegarás lejos a mi lado. Vamos a salir de aquí. Seguidme.

Abandonó la galería y volvió a emprender una ruta extraña e ignorada, en la que atravesaron rutas exóticas, ascendiendo por escaleras ocultas a miradas indiscretas, siempre ganando altura.

—Ya llegamos —advirtió el Pachén. Saldremos a la escalinata de la montaña y desde allí, si es preciso...

Su frase quedó cortada. Regis había tropezado con un saliente de roca arañándose ferozmente y, sin reflexionar, de manera inconsciente producida por el dolor, había lanzado una maldición en su pintoresco lenguaje mixto de chino y de inglés que obró como un zarpazo en la mente del Pachén.

Este, volviéndose como una fiera, atenazó a Regis por el hábito exclamando ferozmente:

—¡Habla!... ¡Quiero oírte!... ¡Tú no eres de nuestra raza!

Todo se habla venido abajo por una imprudencia del criado, pero éste, reaccionando vivamente, apoyó el cañón del revólver en el vientre del tibetano, exclamando:

—¡No, no soy tibetano, ni chino, ni demonios coronados!... ¡Gracias a Dios que puedo hablar para decirte todo lo que pienso de tí y de las ratas amarillas que te siguen!...



—¡No, no soy tibetano, ni chino ni demonios coronados!

El Pachen, hombre nada cobarde, quiso deshacerse de Regis afianzando su revólver con mano nerviosa, pero Karus le encañonó por la espalda, diciendo:

—¡Será mejor que no te muevas, rata de albañal! Tu vida depende de un movimiento de mi dedo y no es estoy muy seguro de contenerme y no disparar.

El Pachen se vió perdido y preguntó:

—¿Qué traición es esta? ¿Quién os ha pagado para poneos a mi lado en estos momentos?

—Nadie; obramos por nuestra cuenta y nada nos importan vuestras estúpidas fiestas y vuestros egoísmos ilusos. Tu vida nos pertenece pero te la regalamos, con una condición. Sigue e indícanos el modo de salir de aquí.

—¿Es eso sólo lo que exigís de mí?

—De momento, sí. Quizá te pidamos algo más, pero de tan poca importancia para ti, comparada con tu huida que no dudamos aceptes sin vacilar.

—¿Y si me niego?

—Puedes despedirte de pensar en gobernar más tu secta. Tu vida acabará aquí dentro de cinco minutos.

El Pachen dudaba en aceptar, pero leyendo en los ojos de Regis su ansia infinita de acabar con él, tomó una resolución.

—Acepto... Pero no cantéis victoria. Mi poder es infinito.

—Y el nuestro también. ¡Adelante y no pierdas tiempo!

El Pachen, vigilado por ambos aventureros, que no separaban el revólver de su cuerpo, avanzó por la galería y llegando a la pared de roca donde ésta parecía morir, se acercó a la juntura de dos peñas y apretando un resorte oculto, la roca se abrió, mostrando un agujero nuevo.

—Tenéis la salida franca. Ahí nace una tosca escalera tallada en la piedra que os conducirá a los bajos de la peña.

Regis se adelantó a echar un vistazo, comprobando que el Pachen no mentía y volviendo al agujero, exclamó:

—Bien, ahora necesitamos el anillo que llevas en el dedo.

El Pachen palideció al oír la petición y exclamó:

—¡Imposible! Este anillo es el anillo de los lamas, el signo del supremo poder. Sin él, no sería nadie. Pedirme otra cosa de más

valor y os la concederé.

—¡Inadmisibile! Eso es precisamente lo que hemos venido a buscar, y no a marcharnos sin tenerlo.

El Pachen, fuera de sí, dispuesto a correr todos los riesgos antes que entregar la valiosa joya, se lanzó de improviso sobre Regis, asestándole un rabioso puñetazo que le rozó la oreja, pero el profesor, viendo que la lucha iba a ser ardua, levantó el brazo y antes de que tuviera tiempo a revolversse le aplicó un terrible culatazo con el revólver, que le hizo caer al suelo privado de conocimiento.

Regis gruñendo maldiciones contra los puños del tibetano, se arrojó sobre él pretendiendo sacar el anillo de su dedo, pero la agarrotada mano de Pachen se resistía a ello.

Furioso, echó mano al agudo cuchillo y fríamente, sin contemplación alguna, cortó el dedo levantándolo en alto.

—¡Por fin! —rugió—. ¡La victoria es nuestra! ¡Pronto, antes de que cualquier incidente malogre este éxito tan definitivo!

Dejando al Pachen abandonado, pues estaban seguros de que no volvería en sí en varias horas, atravesaron el negro agujero y salieron a una especie de plataforma en la roca viva, al pie de la cual nacía una escalinata que nadie hubiese creído labrada por la mano del hombre por lo bien disimulada que estaba.

Con infinito cuidado, pues la luz de la noche era muy vaga, empezaron a descender. Se hallaban aún a una altura impresionante, pues abajo, a unos sesenta metros de profundidad, se distinguía confusamente el valle.

Cuando, por fin, alcanzaron el llano, echaron un vistazo hacia arriba. A su derecha, en lo alto de la peña, se erguía la sombría e inmutable mole del monasterio.

Regis se detuvo en seco llevándose las manos al pecho, y exclamó con dolor:

—¡Kao!... ¡Nos hemos olvidado de él!... ¿Dónde estará?

El profesor, también lívido al pensar en el chinito, comentó:

—¿Se habrá quedado en el monasterio o trataría de seguirnos uniéndose a las turbas? ¡Oh!... ¡Hay que buscarle!

—Sí —afirmó Regis—. No sería leal dejarle abandonado ahora que hemos conseguido el triunfo. Me vuelvo al monasterio, suceda

lo que suceda.

—No —dijo Karus deteniéndole por un brazo—. No sería prudente hacerlo ahora. Nada hace suponer que le haya sucedido algo. A lo mejor ha esperado a ver qué ocurre y nos anda buscando lejos de allí. Huyamos, sobre todo para dejar estas vestiduras que nos comprometen, y cuando amanezca, volveremos a la ciudad. Te prometo no salir de aquí hasta que le localicemos.

—De acuerdo profesor, no he querido anticiparme a usted, pues estaba seguro de que pensaba igual que yo.

—¿Lo dudaste acaso? A Kao le he tomado en tanta estima que difícilmente y por propia voluntad, me sería dable prescindir de él.

—Bien, profesor, no nos pongamos excesivamente sentimentales y ¡al grano! —observó Regis—. Ante todo hay que hallar al muchacho sea como sea. Si es preciso, removeremos este antro piedra por piedra y, si conviene y nos estorba, acabar con todas ranas ictéricas que por aquí pululan.

—Ante todo —convino Karus— lo que primero interesa es saber dónde dirigir los pasos, ya que por muy bélico que te sientas, debemos ser lo suficientemente prudentes para evitar enfrentarnos con toda esta horda de fanáticos.

—¡En marcha y a sus órdenes! —asintió el bravo criado—. Usted dirá hacia dónde quiere ir.

Orientándose como mejor pudieron se encaminaron hacia la torre de oraciones, para allí buscar sus escondidas, ropas y recobrar su aspecto de peregrinos. Si los buscaban vestidos de lamas, para rato tenían el encontrarlos.

Cuando se dirigían al hacinamiento de piedras, donde habían ocultado sus vestiduras, Regis, que poseía una vista excelente se detuvo con el revólver empuñado. Había distinguido vagamente un bulto que se movía y no estaba dispuesto a ser sorprendido, pero antes de que tuviera tiempo de disparar, una voz harto conocida, suplicó:

—¡Honorable señor Regis, no disparar! Kao no ha cometido delito alguno.

El profesor y Regis, locos de alegría, se adelantaron a él y abrazándole exclamaron:

—¡Victoria. Kao! ¡El anillo ya es, nuestro y con él el tesoro!

Los tres, locos de contento, se abrazaron emocionados, y el profesor contó a grandes rasgos todo lo ocurrido a él y a Regis.

Kao, por su parte, se limitó a dejar que había tratado de seguirlos inútilmente, y que cuando se convenció de que nada podía hacer, se había escurrido de las turbas abandonando el monasterio, en el momento en que dentro de él vibraban las detonaciones de algunas armas de fuego.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Regis nervioso.

—Buscar refugio en las montañas y esperar a que nazca el día. Cuando haya luz, examinaremos el anillo y buscaremos su secreto. Si no nos hemos engañado, estamos al borde de capturar el tesoro.

Y tomando sus ropas, se dispusieron a vestirse de nuevo para huir de tan peligrosos lugares en busca de la aventura final.



La SECTA de la MUERTE

La India es el país más misterioso e incomprensible del mundo en unión de China. Su religión, sus costumbres, su terrible jungla, sus exóticas pagodas, sus trágicas sectas, tan terribles y poderosas como las del Tibet, son algo que escapa a la comprensión y al sentimentalismo europeo.

Soportando el dominio y la civilización occidental, pero repudiándola en el fondo de su alma salvaje, se han rebelado contra ella en cuantas ocasiones la fuerza ha estado de su parte, como sucedió en Delhi el año 1857, en el que todo el poderío inglés en la India se tambaleó como sacudido por un terrible "monzón" estando a punto de desaparecer para siempre.

La célebre secta de los "Thugs", los estranguladores del Indio de seda negro rematado por una cinta de plomo, fué algo que como la secta de los "boxer" en China, parece extraída de un sueño de pesadilla.

Consagrada el alma de los sectarios al culto de la siniestra diosa Kali, la diosa del exterminio y de la sangre, cometieron en nombre de su repugnante religión tal serie de crímenes, que la mente normal de los humanos se resiste a creer en ello a pesar de la realidad histórica de los hechos.

Inspirándose en los tenebrosos

misterios de la India en la época en que los "thugs" alcanzaron su más invencible poderío, el popular novelista FIDEL PRADO, que tanto éxito acaba de obtener con la publicación de su celebrada novela "EL DRAGON DE FUEGO", ha urdido la interesante novela

La SECTA de la MUERTE

en cuyos episodios llenos de emoción, se van de relieve a los ojos del lector las costumbres, las tradiciones, el exotismo de sus fiestas religiosas y, sobre todo, la monstruosa organización de los "thugs", raíz básica de la novela.

El simpático y bravo capitán Clark, su asistente indio, tan bravo como su jefe y de una astucia y un ingenio inagotables y la dulce y atrayente Minda, en lucha abierta no sólo contra el poder de la invencible secta, sino contra el egoísmo, la ferocidad y el espíritu salvaje del Príncipe de Agra, son personajes que quedan mucho tiempo en la imaginación del lector como el producto de una pesadilla vivida a través de las páginas de

La SECTA de la MUERTE

He aquí algunos de los títulos que componen tan interesante obra:

LA SUBLEVACION DE DELHI
SIGUIENDO LA PISTA.
LA CIUDAD MUERTA.
LA JUNGLA EN LLAMAS.

Un cuaderno quincenal, conteniendo un episodio completo, 1'25 ptas.

Editorial BRUGUERA, Proyecto, 2, Barcelona.



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».

Notas

[1] Demonios